

CONFERENCIA DE ROSER VILÀ (23 Arts Brothers Projections)

Presentación

Desde que formara parte del grupo de Teatro de la Cloaca, Roser se ha dedicado a múltiples funciones dentro del teatro, especialmente en el teatro de calle. A la promoción, a la producción artística... Ha tenido mucha importancia en la introducción de producciones extranjeras en el mercado nacional, sobre todo a partir de las olimpiadas en Barcelona.

En 1990 creó la empresa 23 Arts con el objetivo de promocionar espectáculos de humor, circo, marionetas y teatro de calle. A partir del año 1996 hasta el 2001 dispone de un espacio concertado en la Feria de Teatro de Calle de Tárrega. Ha sido colaboradora del Institut de Teatro de Barcelona para la producción del Festival Internacional de Teatro Visual y de Títeres de Barcelona. Desde 23 Arts Brothers Projections, ha participado en la producción de diversos eventos teatrales, festivales y muestras. Ha sido colaboradora de Payasos sin Fronteras, formando parte de alguna de sus juntas directivas.

Roser Vilà

Tengo que decir que desde mi labor, desde la producción y la distribución, nosotros siempre somos teloneros de los creadores de eventos y de los artistas que van a estar en estos sitios. Somos siempre una profesión que está a su servicio para que se puedan producir las cosas que han pensado los creadores, y las que van a mostrar los que imaginan un evento, pues que se puedan producir.

Cuando me propusieron estar aquí, me vinieron a la cabeza básicamente dos producciones que hice hace tres años, una para un hotel de gran lujo, el hotel más lujoso creo que hay en España, que está en Mallorca, y el otro para que la inauguración de un parque en el Barrio de la Mina en Barcelona.

El primer evento era un evento que estaba pagado con dinero privado, pero que tenía también muchos intereses políticos. El segundo era un evento que estaba pagado íntegramente con dinero público. Ambos programas contenían todas las disciplinas artísticas posibles. Tenían performance, música, pintura, acciones de intervención con el público y, básicamente, promoción del lugar donde se celebraban.

Los espectáculos eran multidisciplinares, incluían comida, bebida y mensaje, éste era el más importante. La duración de los dos era un solo día. El del Barrio de la Mina duraba toda una jornada desde la mañana hasta el atardecer. Costó que la gente interviniera, y sólo lo hizo después de múltiples reuniones con asociaciones cívicas y con la Asociación de Gitanos. Se hizo coincidir también con el Festival de Cante de la Mina. Lo tuvimos que hacer muy cercano en las fechas y en el espacio a lo que eran las propias actividades del festival. Esto ocurrió antes del forum 2004, y obviamente el

barrio de la Mina ahora sigue siendo como antes. Ahora no hay fiestas, no hay programas, no hay que inaugurar nada, falta tiempo para las elecciones...

La del hotel de Mallorca tenía un horario corto. La gente tiene menos tiempo, llegaban a las nueve de la noche, y el público eran políticos nacionales y extranjeros, artistas, aristócratas, comerciantes y unas cuantas gentes del lugar para dar un poco de color.

Las intervenciones artísticas se acabaron solapando con el ágape. El chef se dio cuenta de que se le estaba estropeando la comida, se le enfriaba lo caliente y se le calentaba lo frío, y decidió dar de comer. Tampoco fue grave, porque yo creo que en el público asistente se mezclaron todos los placeres, el visual y el estomacal. En definitiva, para mí fue un lujo que no tiene porque estar sólo al alcance de los bolsillos de los pudientes

El programa artístico de ambos disponía del mismo presupuesto, curiosamente. Se habían gastado lo mismo en los artistas. La diferencia es que el de la Mina estaba cerrado porque los cafés y las comidas las ponían las vecinas, y los viajes que había costado la producción eran nada porque íbamos en metro. El de Mallorca, aunque sabemos lo que costó el programa artístico, no sabemos lo que les acabó costando porque la logística era de imprevistos. Viajes para acá, viajes para allá...

El primero era un evento político, como tantos otros que existen en el país y cuyo máximo interés por parte de los organizadores es que se realice, aunque raras veces se preocupen por los resultados obtenidos; y el segundo, un evento comercial donde a los organizadores se les hubiera caído el pelo si no hubieran logrado buenos resultados.

En la preparación del primero primaba lo útil, el mensaje, que la gente del barrio se percatara que existía un parque al otro lado de la calle principal al que nunca iban, y que también que los políticos se acordaban de este barrio. Os recuerdo que esto era en el 2004. En el segundo era, mediante una estética de lujo, crear belleza, placer y gusto.

Espero que no os sorprenda este ejemplo pues, actualmente, aunque todos tenemos muy claros los presupuestos públicos que manejan festivales, ferias y fiestas, disponemos de pocos datos en todo lo que hacer referencia a eventos, inauguraciones y promociones organizadas con capital privado. Pero visto que algunas de nuestras compañías de bandera trabajan más en éstas que en los festivales, debemos suponer que aquí hay bastante dinero.

En el caso analizado, hemos visto que en el presupuesto del festival de la Mina disponíamos de todo lo que había costado y que en el otro no teníamos ni idea, pero visto como fue la cosa y visto como estuvimos yendo de arriba para abajo, creo que se pudo multiplicar por 10 o por más lo que costó el evento. Es decir, lo que pagaron a los artistas o a las compañías, incluso a la propia producción que iba en el presupuesto artístico, de lo que finalmente acabaron pagando.

Y si seguimos comparando uno y otro evento, el primer apenas tuvo repercusión en los medios informativos, y esto que era importante; y en cambio el segundo tuvo una incidencia internacional, no tanto por el programa artístico, que era bastante parecido, sino por las personalidades que asistían y por los intereses económicos y políticos que representaba.

Yo creo que los artistas que actúan al aire libre no tienen ningún problema en llevar su estética a todo tipo de eventos, organizados por dinero público o privado, y lo único que piden es que se les valore el trabajo que hacen, que se les dé la posibilidad de intervenir en el espacio, se aprecien sus creaciones y, en definitiva, dejen que el público, cualesquiera que sea, pueda disfrutar de este arte.

Las personas que intervenimos desde la gestión en los programas de artes de calle, programadores y productores, debemos dotar a los artistas de los elementos necesarios para que sus creaciones lleguen al público, y fomenten el placer por lo bello. Estética, belleza, placer... un lujo que veces se nos niega y que nada tiene que ver con las necesidades económicas de los programas como se ha visto claramente. En un barrio marginal se gasten exactamente lo mismo que en un programa de un hotel de gran lujo de Mallorca.

Presentar espectáculos en la calle tiene una problemática más complicada que hacerlo en un espacio interior. Aparte de las condiciones meteorológicas, que mandan muchísimo, existen otros elementos que impiden el normal desarrollo del proyecto. Ruidos habituales, como la circulación de vehículos; circunstanciales, ambulancias bomberos; o los causados por otros espectáculos del mismo programa que, curiosamente, se produce cercanamente y en el mismo instante, y que probablemente el director artístico del evento no había calculado que se oyen porque están situados a 100 metros. Y que, por supuesto, restan toda la magia al espectador que deja de sentirse privilegiado por vivir un momento único e irrepetible.

Pero a pesar de esto, creo que a los artistas les gusta intervenir en la calle, aunque a lo anterior se añaden otras dificultades, sobre todo en el caso de ferias y festivales. Por un lado, el presupuesto. Se suele pedir a los artistas que hagan el esfuerzo de rebajar sus condiciones económicas, incluso trabajar sin cobrar, argumentando la gran promoción que va a representar estar en este o aquel programa. Se suelen rebajar las condiciones técnicas de la compañía, en detrimento de la calidad de los espectáculos, y esta vez sin pedir ni siquiera la opinión del artista.

Pensamos que el argumento de que estar en un programa determinado puede darnos una buena promoción no siempre es válido y puede volverse en contra del creador.

Los imperativos legales se complican cuando el espectáculo está en la calle. Hay una Ley de Prevención de Riesgos Laborales que todos estamos interesados en cumplir, pero que necesitamos la corresponsabilidad por parte de la administración, de la parte contratante que normalmente es la administración, y que parece ser que cuando es al revés, que somos nosotros los que preguntamos: "Nosotros firmamos el papel pero ¿y ustedes?" Aquí se acaba la cosa, firmemos y callemos.

Hay una serie de normativas municipales en materia de seguridad, en materia de espacios públicos. Se suele solicitar una información técnica detallada de los espacios donde se desarrollan los programas: qué hay debajo del suelo, las conducciones... casi nunca se puede disponer de ellas... Existen unos seguros de suspensión para las representaciones por causas meteorológicas que casi nunca se contratan, ni por parte de la parte contratante ni por parte de la parte actuante.

Existe el tema de responsabilidad civil, el tema de permisos de la policía para cerrar el tráfico, una cosa muy sencilla pero que muchas veces deja de funcionar. Existe el tema de que se llegue a acuerdos para apagar el alumbrado público, existe el tema de permisos de intervención en edificios públicos, en mobiliario urbano, difícilísimo en algunos sitios de conseguir. Existe el tema de la vigilancia y limpieza, que es una cosa poco prosaica pero que es imprescindible, y tampoco siempre se consigue. Si a todo esto le añadimos lo que piden los artistas, podemos suponer que estos imperativos son determinantes para que, desde la óptica de algunos programadores que desarrollan su trabajo en centros públicos, organizar eventos en la calle les pueda resultar poco atractivo o supone un esfuerzo considerable.

Por todo lo descrito anteriormente, no es de extrañar que con dinero público proliferen ciclos y muestras con espectáculos de muy pequeño formato, sobre todo de circo, sin montaje -por supuesto los aéreos no se pueden hacer-, que disponen de muy poco presupuesto, y escasean todos los programas que hace unos años había más, con performers atrevidos, con gestión complicada y que requieren mayores dotaciones económicas, técnicas y de amor. De amor por parte del organizador.

Si analizamos los puntos anteriores, nos percatamos que el sector, en el que incluyo a todos los agentes, va adelante a trancas y barrancas. Y esto va en detrimento del arte y, sobre todo, del espectador, a quien cada vez se le dan menos oportunidades de ver de forma cotidiana trabajos interesantes y novedosos en la calle.

No podemos descuidar que la lucha para las artes en la calle tiene muchos frentes. Desde la enseñanza oficial, casi en ninguno de los centros donde se enseña teatro se contempla la posibilidad de la calle como espacio escénico; la prensa, no tenemos, por lo menos conocidos, críticos, expertos en las artes de calle. Es más. Algunos críticos se niegan a asistir a los espectáculos que se dan en la calle, y ésta es una de las razones por las que muy pocas veces se dispone de un dossier de prensa cuando el sitio máximo en el que se actúa es en la calle; Los premios nacionales de teatro, que organiza la SGAE, donde sigue sin aparecer ningún premio que haga referencia a las artes de la calle; los circuitos, siguen sin establecerse circuitos para las artes de la calle; las ayudas institucionales a la producción, que son mínimas en comparación con las producciones que se presentan en sala; pero sobre todo, el público, receptor final de los trabajos artísticos que son creados siempre para darles placer y al que, si descuidamos, no hacemos más que perpetuar el hecho de que lo artístico no se considera imprescindible y el goce se considera un lujo.

Mirando hacia otros lugares. En Francia, sin ir más lejos, vemos que la creación artística presentada en la calle se considera imprescindible, y que la importancia pública que tienen sus manifestaciones, les permite a veces ser usadas no sólo como foro para demostrar el arte, sino para reivindicar el seguir haciéndolo. Quiero recordar que el año pasado, en Francia, con motivo de reivindicaciones laborales, de su estatus artístico del que disponen allí, se usaron algunos eventos de artes de la calle para manifestarse. Incluso se suspendieron algunos festivales muy importantes y tanto los propios actuantes como los que íbamos como público aceptamos esto y nos dio un poco de envidia, porque si aquí dejamos de celebrar un evento de artes de la calle, no creo que pase nada. En cambio, allí se vivía de otra forma.

Y desde nuestra profesión, queremos hacer todo lo posible para que el hecho artístico esté presente en el espacio público, porque pensamos que potencia la belleza del paisaje urbano y ayuda a su descubrimiento, y porque con su intervención humaniza nuestras ciudades y pueblos y nos hace más sociables, fomenta los contactos entre las personas y frente a la violencia social en que estamos inmersos, despierta sensibilidades artísticas, y es por esto que nos ponemos al servicio de los creadores y de los exhibidores y de todo el que quiera que escucharnos.

* Transcripción en versión original